

HISTORIA DE
HERNANDO DE SOTO
PARA NIÑOS

2ª EDICIÓN

HISTORIA
DE
HERNANDO DE SOTO
PARA NIÑOS

Edita: Ayuntamiento de Barcarrota
Imprime: Imprenta Rayego, s.l
Edición y texto adaptado: Francisco J. Pérez González
Fotografías: Adolfo Corrales

Barcarrota, 2016. 150 Aniversario de la Inauguración de la estatua de Hernando de Soto instalada en la Plaza de España de Barcarrota.

PRESENTACIÓN

Queridos niños y niñas de Barcarrota. Como sabréis, en este año 2016 se cumplen 150 años de la colocación de la estatua de Hernando de Soto en nuestra Plaza de España. Miles de paisanos nuestros han pasado a lo largo de este siglo y medio por su lado, sintiéndola como una parte más de su día a día. Ha sido la estatua compañera en sus fiestas, siempre presente en las verbenas y compañera en los veraniegos paseos.

La historia del personaje que representa la estatua, Hernando de Soto, es lo que se recoge en este librito que ahora tendrás la oportunidad de leer. De una manera sencilla se nos narran las aventuras de este intrépido barcarrotero, desde su juventud hasta su muerte cerca del río Misisipí, en La Florida.

Los datos han sido extraídos de la biografía que sobre el conquistador hizo nuestro vecino D. Luís Villanueva y Cañedo en 1892 y con la ayuda del historiador Esteban Mira Caballo, otro ilusionado estudioso de la figura y hazañas de Hernando de Soto.

Espero que este trabajo os sirva para conocer la historia de este singular personaje del que, su estatua, hace ya tanto tiempo que nos acompaña en nuestra principal plaza y que con la vista de la misma iréis creciendo, pero, a partir de ahora, sabiendo con seguridad los motivos históricos que llevó a dedicarle este homenaje en mármol en el año 1866.

M^a Concepción Gutiérrez Larios
Concejal de Cultura

Nació Hernando de Soto en Barcarrota allá por el año de 1500 y, según algunos historiadores, perteneció a una familia de hidalgos. Las noticias de las riquezas de América y la gloria que alcanzaron otros capitanes llegaron a Barcarrota y esto animó a Hernando de Soto, en su juventud, a sumarse a intrépidas y peligrosas aventuras.

Se embarcó por primera vez hacia tierras americanas a la edad de 14

años, en una de las más importantes expediciones que se habían llevado a cabo hasta entonces, la que encabezó el gobernador de Castilla del Oro, Pedrarias Dávila. Esta armada atrajo a aventureros de toda España. Fueron en torno a 2.000 personas en total los que partieron desde Sanlúcar de Barrameda, una mañana del 11 de abril de 1514.

Llegaron al continente americano el 29 de junio del mismo año y qué sorpresa se llevaron al ver al célebre Vasco Núñez de Balboa y sus compañeros vestidos con harapos.

Ellos traían la idea de que Vasco Núñez y sus compañeros debían de habitar en un gran palacio, rodeados de muchas alhajas y servidos por multitud de esclavos. Sin embargo, la realidad era bien distinta, la miseria y la escasez de alimentos era tal que se vieron obligados a comer hierbas y alimañas. Al ver la situación, muchos de estos aventureros regresaron a España con el permiso del Gobernador.

Hernando de Soto, a la edad de 17 años fue nombrado por Pedrarias Dávila, Capitán de las

gentes de a caballo, un importante cargo que demostraba su temprana valía.

Antes de acometer la conquista de la Florida participó Hernando de Soto en varias expediciones importantes, como la conquista de Nicaragua por Francisco Hernández de Córdoba, en 1524, y la del Perú, a las órdenes de Francisco Pizarro, en 1530.

Hubo tres intentos anteriormente de conquistar la desconocida tierra de la Florida: los de Juan Ponce de

León, Lucas Vázquez Ayllón y Pánfilo de Narváez, no logrando ninguno de ellos apropiarse del territorio, fuertemente defendido por sus habitantes.

Que estos protegieran tanto sus tierras les hizo pensar que albergaban grandes riquezas, por lo que no le resultó difícil a Hernando de Soto, una vez de vuelta en España, conseguir que le acompañasen en este viaje numeroso personal suficientemente preparado para la guerra. Durante su estancia en España, aprovechó la

oportunidad para desposarse con doña Isabel de Bobadilla, hija del ya citado gobernador de Castilla del Oro, Pedrarias Dávila.

Los indios de La Florida, a los que se iban a enfrentar, habían resistido y aniquilado las tres invasiones anteriores, con lo que tenían que estar orgullosos de su proeza. Claro que la nueva expedición de Hernando de Soto contaba con un mayor número de efectivos, con la importancia y capacidad de su jefe, sus buques de guerra y la calidad de sus capitanes y

soldados. El acuerdo entre el Emperador Carlos V y Hernando de Soto, que le permitía explorar aquellas tierras y los premios dados a cambio de su posible conquista, se firmó en Valladolid el 20 de abril de 1537.

Hechos todos los preparativos, la expedición zarpó del puerto de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), el día 6 de abril de 1538, compuesta de siete navíos, tres bergantines y 950 hombres de guerra. El barco donde iba Hernando de Soto y su familia se llamaba San Cristóbal.

Después de quince días navegando llegaron a las Islas Canarias, partiendo, tres días después, en dirección a la isla de Cuba. Y ello, porque se le había otorgado la gobernación de aquella isla. Dejó a su esposa al frente de la gobernación, al tiempo que el zarpó el 12 de mayo de 1539, desde La Habana en dirección a La Florida.

Después de 19 días de navegación llegaron a una bahía a la que pusieron el nombre de Espíritu Santo, desembarcando trescientos soldados y

tomando posesión en nombre del Emperador.

Como no les molestaban los indios se quedaron en tierra, pero, una madrugada, estos les acometieron con tal ímpetu que les obligaron a reembarcarse y levantar anclas. Al día siguiente se internaron en tierra. Hernando de Soto mandó que siete navíos se volviesen a La Habana y se quedó con cuatro para sus necesidades.

En La Florida hallaron un país muy fértil, con abundantes árboles de múltiples especies. También había

lagunas y ciénagas profundas y pantanos tan extensos que el ejército tardó tres días en atravesar uno de ellos. Después de atravesarlo, descansaron veinte días en la provincia de Acuera, donde se reunió todo el ejército. Más tarde, alejándose de la costa, llegaron a la provincia de Ocali, donde estuvieron otros ocho días.

Una de las mayores dificultades que hallaron era la multitud de lenguas que encontraron en aquellas provincias, por lo que tenían que ir acompañados constantemente de intérpretes.

Por aquel tiempo se preparaba un ataque contra los españoles. Vitachuco, un importante jefe —llamado cacique por los indígenas—, se ganó la confianza de cuatro intérpretes de los que llevaba Hernando de Soto, con la intención de vencerles en una gran batalla donde conseguirían derrotarlos y robarles las armas. Llegó el día elegido para la trampa y, hechos los preparativos para la traición, se dirigió nuestro paisano al cacique con respeto y le propuso que saliese al campo y pudiera revisar su ejército. Los naturales estaban

escondidos en una montaña cercana, preparados con sus arcos y flechas. Pero Hernando de Soto arrestó a Vitachuco y los aborígenes, aunque inicialmente pelearon valientemente, finalmente tuvieron que huir por la superioridad de las armas españolas.

Después de esta peligrosa aventura las tropas españolas avanzaron hasta la región de Osachile, en cuyo trayecto tuvieron que sufrir varios ataques indígenas, de los cuales siempre salieron vencedores.

En su continuo recorrido alcanzaron la provincia de Apalache,

donde intentaron descansar, algo que no fue posible, ya que los indios los acometieron durante toda la noche. Los naturales de Apalache tenían fama de ser los mejores guerreros de toda esa tierra.

Aparte del idioma, otra de las dificultades a las que tenían que hacer frente continuamente, era al desconocimiento del terreno. Tenían que valerse de indígenas que les conducían por las sendas difíciles, engañándoles muchas veces, para que cayeran en emboscadas o llevándolos por territorios miserables y

despoblados, para que sufrieran así hambre y calamidades.

De Apalache, a finales de marzo de 1540, se dirigieron hacia el Norte, a la soñada provincia de Cofitachequi, donde esperaban encontrar riquezas y tesoros, para volver a España a disfrutar del premio a sus fatigas y trabajos.

Cuando llegaron al pueblo principal, que dirigía una cacica, preguntaron por los preciados metales que iban buscando y les mostraron algunos. La india mandó a sus guerreros que trajesen todas las piedras

que encontraran como las que le habían enseñado los conquistadores, pero el desengaño fue tremendo al ver que las piezas que les traían eran de cobre de color dorado y láminas blancas y relucientes que se desmoronaban con solo tocarlas. Pero descubrieron que lo que sí había eran gruesas perlas pero en esos momentos no las valoraban como el metal dorado, por lo que decidieron seguir adelante sin hacer mucho caso a dichas perlas.

A los pocos días, exactamente el 18 de octubre, llegaron al pueblo de Mauvila. En este pueblo de nuevo

quisieron acabar con los españoles, ya que el cacique, llamado Tascaluza, había logrado reunir a los guerreros más valerosos de las comarcas vecinas.

La batalla de Mauvila fue fruto de una emboscada en la que quisieron los indios que cayeran los hombres de Hernando de Soto. Los indios se ganaron la confianza de los españoles, ofreciéndoles una gran fiesta y, cuando los vieron descuidados, salieron de sus casas 6.000 guerreros que los atacaron con gran ímpetu. Los españoles salieron muy mal parados. El conquistador barcarrotero fue

alcanzado por una flecha pero, aún así, continuó luchando durante cinco horas. Cuando acabó la batalla los españoles se encontraron en muy grandes apuros. No tenían alimentos ni ropas, ni medicinas para los enfermos. Quince días pasaron alojados en chozas que construyeron para los enfermos. Desde su entrada en La Florida hasta Mauvila habían muerto 112 españoles.

En diciembre de 1540 llegaron a la provincia de Chicaza donde estuvieron casi dos meses y donde entablaron otra importante batalla en

la que el propio barcarrotero estuvo a punto de perder la vida al caer del caballo y quedar a merced de los enemigos. La pronta llegada de sus compañeros evitó esta desgracia.

Seguendo el viaje de descubrimiento y conquista del territorio, a principios de abril de 1541 se dirigieron hacia el Norte de la península de La Florida. Llegaron a un río al que llamaron Río Grande y que en la lengua de los indios era conocido como Misisipí. Este gran descubrimiento, que honra la persona de Hernando de Soto, tuvo lugar en el mes de mayo de 1541.

La disciplina y el afán de conquista de Hernando de Soto quedan bien reflejados en las palabras que dirigió el conquistador a uno de sus soldados, Juan Gaitán, el cual se negó a obedecer una de sus órdenes: "Desengañaos, que mientras yo viva, nadie ha de salir de estas tierras, sino que la hemos de conquistar y poblar o morir en la demanda".

La expedición pasó por los pueblos de Casquia, Quiguate, Colina, Tula, Naguater. A estas alturas del viaje, Hernando de Soto comprendió que tenía que pedir refuerzos a La

Habana, ya que su ejército había disminuido bastante y además necesitaban armas y caballos.

De vuelta al cauce del río Misisipí, el gobernador pensó en construir pequeños barcos para llevar las noticias de la conquista a diversas partes, desde donde pudieran venirle socorros y pobladores para aquellas extensas y ricas tierras que llevaban descubiertas.

El 20 de junio de 1542, Hernando de Soto se sintió acometido por unas calenturas, y aunque el primer día se mostraron muy lentas, poco

después le dio una fiebre tal alta que el valiente general, sintiendo cerca la muerte, redactó su testamento, preparando su alma como buen cristiano. Estando ya en su lecho de muerte, llamó a todos los capitanes para que le perdonasen todas las molestias que les pudiera haber causado. Poco antes de morir designó como su sucesor al zafrense Luis de Moscoso y Alvarado a quienes todos juraron obedecer.

Así murió cristianamente este magnífico capitán y nunca vencido caballero. Fue valeroso en los

peligros, el primero siempre en todos los trabajos.

Aunque muy sentida su muerte por todos los compañeros, no pudieron celebrar sus exequias como se merecía. Para evitar que los naturales lo desenterraran y verificaran su muerte lo metieron de noche en un tronco y lo arrojaron al río Misisipí.

Otros héroes han conseguido por su fama grandes mausoleos donde reposan sus cenizas. Hernando de Soto tiene como sepulcro, ya para toda la eternidad, uno de los ríos más caudalosos del Universo, el Misisipí.



50 ANIVERSARIO
ESTATUA
HERNANDO DE SOTO



EDITA:



Ayuntamiento de Barcarrota

José Antonio
Hernández

ESCUELA
PATRIMONIAL